

DE MI MADRE "DOÑA CEL"

MARCELA

Sumida en profunda tristeza, Marcela busca la penumbra de la labranza, abatida su alma por la ausencia de su amado.

Pensaba en Luciano sentada a la orilla de la quebrada que atraviesa la arboleda y recordaba las horas felices que pasaran bajo su sombra, mirando con melancolía el correr de las aguas.

A veces fijaba su mirada en el ir y venir de las hormigas que cargadas hacían su recorrido seguidas unas tras otras.

Un gusano caminaba sobre la hojarasca, con su curioso andar. Grupos de tórtolas, díscolas unas y coquetas otras, alzaban sus alitas mientras comían las semillas que caían de un racimo de corozos en cosecha.

Marcela recordaba a Luciano, ya cargando sobre mansa bestia los bultos de las sazoadas frutas, otras cuando colgada a su cuello ponía sus cabellos en desorden. Besos y caricias iluminaban sus rostros haciendo palpar de amor sus corazones.

Llegada la noche, regresaban al bohío perfumado con las blancas azucenas que rodeaban el corredor.

Con los primeros albores del amanecer, Luciano se dirigía al pueblo a vender su carga en los días de mercado. No obstante, llegó el día en que el apuesto mozo no volvió a la chagra.

En el pueblito alegre y blanquecino, estacionaba el tren que, cruzando la llanura, cansado llegaba y Luciano acompañado de la linda hija del zapatero del lugar, tomó asiento a su lado y se fueron enamorados para nunca más volver...

Marcela desde su soledad oía ensimismada el repicar de las campanas en la iglesia del pueblo en la que un día toda blanca con su ramo de azahares aderezó el recinto y su largo velo que dejaba traslucir sus cabellos rubios y sus ojos de un azul infinito. Luciano tan apuesto, festivo sonreía.

El rancho lucía ese día los colores de las rosas de su jardín.

Aquel recitar de campanas agobiaba más el espíritu de Marcela. A veces levantaba la vista hacia el ramaje del bosque y entre los claros de los naranjales en flor, divisaba los pedacitos de cielo adonde elevaba sus quejas que hacían eco en el silencio del plantío.

Marcela se entretenía quebrando en pedacitos las hojas secas que caían a su falda: *"Si volviera, mis ojos se embelesarían en mirarlo"*, se decía, mientras pequeñas aves en bandadas se cruzaban ligeras rozándole sus dorados hilos, para luego posarse en los copos del follaje.

Las sombras de la noche le infundían miedo y volvía a la cabaña desde donde escuchaba los ladridos de los perros.

En el amanecer todo era vida, pero para Marcela el día era triste, las rosas llorosas y el viento entre los árboles lanzaba sus quejidos.

"¿A dónde iré si era mi todo?" ... Nadie viene en mi busca como cuando estaba él... todos lo vieron partir... otra era su amor...

"La ví una vez... qué hermosa doncella, qué atrayente lozanía y no pensé que ella sería mi pena... mi amarga pena... ¡La recuerdo, qué linda cabellera, sus ojos color de miel que resplandecían, sus labios granates!"

¿A dónde iré? A menudo se repetía Marcela: "¡Campaña de mis amores...! ¡Campaña mía...! ¿Por qué te tornaste tan triste? ¿Por qué falta él? ¿Por qué no se oyen sus cantares... sus risas y sus silbos de llanero?"

Lo recuerdo en sus juegos cuando alzándome en sus fornidos brazos, fingía lanzarme a la fuente y yo embelesada asida a él, chillaba como una colegiala.

En la jaula lo esperaban inquietos los pajaritos y los polluelos a quienes les daba a gotitas el agua.

"¿Por qué los dejo solitos, si para ellos y para mi traía los más dulces frutos del huerto? ¿Quién dañó su corazón?" Ella... sí, ella...

Y con él en su pensamiento, corrió enloquecida camino del pueblo, huyendo a su querencia...

Así Marcela fuera de sí, tomó sin rumbo fijo un puesto vacante en el último vagón del quejumbroso convoy...

Palmira, hacienda El Cañaveral, 1.947